

CRISTINA PRADA

# MANHATTAN

SEXY

LOVE



Autora de la exitosa trilogía  
«Todas las canciones de amor que suenan en la radio»

Audrey Dempsey tiene veintisiete años y su vida bajo control. Nunca hace nada que no sea exactamente lo que debe hacer. Es responsable, profesional en su trabajo y toma las decisiones de forma meditada... hasta que Colin Fitzgerald se cruza en su camino.

Mujeriego, engreído, muy inteligente y encantador, Colin no sospecha que sus cómodas y estudiadas rutinas van a cambiar por completo cuando decide hacerse cargo de una auditoría empresarial. Por primera vez hablará de verdad con una chica y disfrutará a su lado sin que haya sexo de por medio, y todo ello sin ser consciente de hasta qué punto ese hecho pondrá patas arriba todo su mundo.

Un beso, un abrazo, la amistad, el sexo, el amor... todo se irá entretejiendo y complicando para ellos mientras deciden si sus vidas deben quedarse como hasta ahora; si Mackenzie, Griffin, Steven, sus familias, todo lo que dejaron atrás sigue teniendo un hueco; si merece la pena o no dar ese delirante salto al vacío.

Conoce la historia de Audrey y Colin y descubre por qué a veces, y sólo a veces, el amor puede cambiar tu vida.

## Prólogo

—Quiero comprar esa empresa —dice Hamilton con una seguridad aplastante, echándose hacia atrás en el asiento—. Me da igual cuánto cueste, pero no quiero ningún compromiso sobre mantenerla abierta o conservar a sus trabajadores.

Tuerzo el gesto y también me recuesto en la silla, a la vez que tiro de una de las solapas de mi traje gris. La expresión me dura poco. No es algo personal, son sólo negocios. Esa es la segunda regla aquí, y Jackson, Donovan y yo la tenemos clarísima.

—Nuestra comisión es del quince por ciento del importe total de la operación —responde Jackson.

Para los gilipollas arrogantes, la tarifa siempre sube un cinco por ciento. Puede que el trabajo sea trabajo, pero esa es nuestra política.

—Ningún problema.

Hamilton se levanta, se abrocha el botón de su chaqueta de Hugo Boss y sale de nuestra sala de reuniones.

Los tres nos miramos y creo que resoplamos a la vez.

—¿En Glen Cove todos sois igual de gilipollas? —le pregunta, socarrón, Donovan a Jackson, mientras contempla cómo camina hasta uno de los muebles y saca tres vasos y una botella de Glenlivet.

—Déjame pensar —contesta Jackson, sirviendo las tres copas—. Tú vives en Park Avenue, ¿no?

Donovan le enseña el dedo corazón y yo sonrío acomodándome aún más en la silla, al tiempo que comienzo a darle vueltas a mis planes para esta noche. Podría ir al Ar-

chetype, pero no estoy de humor. Podría llamarla, que viniera a mi casa, follármela un par de veces y después pedirle un taxi. Ella entiende cómo son las cosas. Es algo cómodo, sencillo...

—Pelapatatas —me llama Jackson, sacándome de mi ensoñación.

Ladeo la cabeza y lo observo displicente. Por la mirada que él me dedica, es obvio que no era la primera vez que me llamaba.

—¿Chistes de irlandeses? Qué poca clase, Colton —respondo burlón.

—Trabajo con lo que me das —replica divertido.

—No os merecéis que ofrezca más.

—Eso es lo que deben de decirte las chicas después de quitarte de encima.

—Yo no tengo novia —objeto encogiéndome de hombros y entrelazando los dedos sobre mi estómago—. Puedo permitirme estar debajo alguna vez.

Jackson me observa y se humedece el labio inferior, tratando de contener una sonrisa.

—Cabronazo —sentencia al fin.

Sonrío encantado.

—Ninguno de los dos tiene clase, ¿contentos? —apostilla Donovan—. Ahora vamos a discutir algo importante. ¿Quién se encarga de Hamilton?

Los tres nos miramos. A todos nos parece el mismo capullo con un traje caro... ¿Qué coño? Por lo menos estaré entretenido.

—Yo lo haré —digo levantándome y estirándome sobre la mesa para coger la carpeta.

Jackson y Donovan me miran sorprendidos. Lo sé. Nunca pediría voluntariamente encargarme del análisis funcional de una empresa, y mucho menos de una que, sea de la manera que sea, está a punto de hundirse, pero me puede el aburrimiento.

Aún de pie, abro el dossier y comienzo a revisar los documentos.

—¿Qué? —pregunto con la vista posada en una tabla de inversiones bastante deprimente. Siguen observándome—. Tú tienes que ayudar a Katie con las cosas de la boda y tú, una novia de veintiún años. Joder, si yo estuviera en tu lugar, ni siquiera me molestaría en salir de la cama para venir a trabajar. Además, necesito distraerme —concluyo cerrando la carpeta de golpe y mirándolos al fin.

Apuro mi copa de un trago y salgo de la sala de reuniones.

Estoy muy aburrido, joder.

## 1

—Henry, ¿de verdad no hay otra opción? —pregunto cruzándome de brazos y perdiendo la mirada en el cielo de Manhattan. No puedo creerme que hayamos llegado hasta este punto.

—Criatura, ¿crees que, si hubiera otra alternativa, permitiría esto?

Niego con la cabeza. Conozco a Henry desde hace años. Esta compañía es su vida.

—Es la única posibilidad que nos queda —añade—. Hoy vendrá alguien de la empresa de asesoría externa que auditará nuestro trabajo y decidirá qué hacer con nosotros. Los envía el comprador interesado.

Hace una pequeña pausa. Se coloca frente a mí y me coge de los hombros.

—Sé cómo es esa clase de gente —continúa—. Si no puede sacar beneficios, comprará la compañía y la desmantelará para quedarse con lo que pueda servirle. Necesitamos demostrarle que podemos ser muy rentables, Audrey. Todos dependemos de ti.

Asiento algo asustada, pero me recupero rápido. Nunca me he achantado ante las situaciones difíciles. No pienso empezar ahora.

—Disculpe, señor Cunningham —nos interrumpe Mónica—. Han llamado de recepción. Ya están aquí —nos informa lacónica.

Parece que no soy la única a la que le inquieta la llegada de esos tipos.

Henry asiente y su secretaria se marcha. Observa la puerta hasta que esta se cierra y se ajusta su elegante chaqueta azul marino.

—¿Estás lista? —me pregunta con los ojos clavados aún en la madera.

Miro, nerviosa, hacia donde él lo hace.

—Claro que sí —respondo sin vacilar.

Henry asiente de nuevo y se encamina hacia la salida. Yo me quedo un segundo inmóvil, almacenando un poco de oxígeno. Voy a hacer frente al reto profesional de mi vida con veintisiete años. Muchos lo hacen con cuarenta y muchos, otros no llegan a enfrentarse nunca a algo así, pero, bueno, por eso estoy aquí y no donde todos dieron por hecho que acabaría.

—Puedo con esto —murmuro alisándome mi vestido rojo.

*Puedes con esto y con mucho más, Bluebird*, me digo mentalmente para infundirme valor.

Cojo aire por última vez y salgo de la oficina. Camino hasta colocarme junto a Henry, a unos pasos de la puerta de su despacho. Los empleados fingen trabajar, pero no se están perdiendo ni un solo detalle. Todos en Cunningham Media saben que vendrán a evaluarnos, aunque desconocen hasta qué punto dependemos de esa auditoría.

El tenue pitido del ascensor nos anuncia que las puertas van a abrirse. Clavo mis ojos marrones en el acero. Son los cinco segundos más largos de mi vida. Al fin las puertas se abren y un hombre, seguido de al menos cinco personas, sale de él. Avanza con el paso seguro y largas zancadas; va enfundado en un perfecto traje a medida de tres piezas gris. Tiene el pelo castaño y es muy guapo. Sin embargo, lo que hace que no pueda apartar mi mirada de él es ese halo de elegancia y atractivo que lo rodea, como si la palabra *sexy* se hubiese escrito para él y sus ojos azules.

Tiene una mano metida en el bolsillo y con la otra da indicaciones a los sujetos que lleva consigo, que se desplie-

gan diligentes por la oficina. Con la vista clavada al frente, ni siquiera se molesta en mirarlos, convencidísimo de que nadie se atrevería a desobedecerlo o a hacer las cosas si no es exactamente como él quiere. ¿Quién es? No puedo tener tan mala suerte como para que sea justo él el auditor que viene a analizar nuestra compañía.

Cuando al fin llega hasta nosotros, sólo queda una mujer de unos cincuenta años a su lado.

—La auditoría ya ha comenzado. Mi personal tiene libertad de actuación y el suyo le facilitará absolutamente todo lo que necesite —le indica a Henry con una seguridad atronadora y mucha prepotencia—. ¿El despacho más grande?

¿Cómo puede ser tan arrogante? Ni siquiera se ha molestado en dar los buenos días o presentarse.

—¿Y usted es? —pregunto arisca, cruzándome de brazos.

No pienso dejar que una cara bonita y un estúpido exceso de confianza en sí mismo me distraigan lo más mínimo.

Él da un paso hacia mí y me observa de arriba abajo lleno de descaro. De pronto frunce el ceño suavemente y una sexy sonrisa aparece en sus labios.

—Colin Fitzgerald —responde—. Mi empresa estudiará la suya.

No puede ser. No puede ser.

—¿Y usted es? —inquieta sin apartar sus ojos de los míos.

Me siento un poco intimidada.

—Audrey Dempsey —digo con la voz clara y firme. Sólo es un hombre guapo, nada más. Nueva York está lleno de ellos—, vicepresidenta de Cunningham Media.

Él asiente y se muerde el labio inferior un escaso segundo.

—¿Cuál es su despacho? —pregunta cogiéndome por sorpresa.



—Al fondo de la sala —contesto algo confusa, señalando vagamente con el pulgar a mi espalda. ¿Por qué quiere saberlo?

—Perfecto —sentencia, dando una palmada y echando a andar—. Me instalaré allí.

¿Qué? ¡No!

—No —replico saliendo tras él.

¿Cómo se atreve?

—Señor Fitzgerald, no puede... —me interrumpo a mí misma al frenarme para esquivar a una de las chicas de contabilidad que se queda ensimismada con él—. Señor Fitzgerald —repito, pero no me oye o simplemente me ignora, porque no se detiene—. Señor Fitzgerald...

Entra en mi despacho y, sin dudarlo, se acomoda tras mi mesa. Lo sigo y lo miro absolutamente escandalizada; pero ¿quién demonios se cree que es? Hasta donde yo sé, esta compañía sigue perteneciéndole a Henry Cunningham, y eso incluye todos los despachos y el maldito mobiliario.

—Señor Fitzgerald...

—Shhh... —me acalla alzando la mano.

Pero ¿cómo...? La rabia me recorre de pies a cabeza. Me enfada de tal manera que consigue bloquearme. ¡Acaba de chistarme!

—Está en mi despacho, señorita Dempsey —me explica insolente, sin que esa canalla sonrisa abandone sus labios— y lo mínimo que uno hace antes de entrar en el despacho de otra persona es llamar a la puerta.

—¿Qué?

No puede hablar en serio.

—Este es mi despacho —me quejo realizando lo obvio. Por Dios, ¿es alguna broma de cámara oculta?

—No, es el mío —sentencia.

—Pero...

Vuelve a chistarme, interrumpiéndome, y la sangre me arde. ¡Es un cabronazo! Alza la mano y la mueve, indicándome que me marche. Yo lo miro sin dar crédito. Esto es un

maldito sinsentido, ¡y el futuro de toda la empresa depende de él! Resoplo a la vez que estrello las palmas de mis manos contra mis costados. No puedo creerme que esté a punto de hacer lo que voy a hacer. Giro sobre mis sandalias favoritas, esas que me pongo cuando necesito ganar seguridad, camino hasta la puerta y salgo. Justo antes de cerrar, lo asesino con la mirada, pero sólo consigo que su sonrisa se ensanche. El bastardo se lo está pasando en grande a mi costa. Me las va a pagar.

Alzo la mano dispuesta a llamar, pero, antes de hacerlo, tengo que resoplar de nuevo. Ahora mismo quiero asesinarlo despacio... y sólo hace cinco minutos que lo conozco.

—Lo haces por la empresa —murmuro para autoconvencerme—. Todos dependen de ti, Bluebird.

Resoplo por enésima vez y finalmente llamo.

—¿Quién es? —responde al otro lado.

¡Será imbécil!

—Audrey Dempsey —contesto entre dientes.

—Adelante —me da paso al fin.

Abro la puerta y la cierro a mi paso.

—¿Qué la trae por mi nuevo despacho? —plantea socarrón.

—¿Dónde espera que trabaje yo? —le espeto con la paciencia al límite.

—No lo sé —contesta echándose hacia delante, hasta apoyar los codos en la mesa y entrelazar los dedos sobre la madera—. Tiene pinta de ser una chica lista. —Entorna los ojos y baja la voz, como si estuviera a punto de relatarme un perverso plan—. Seguro que es rápida y consigue robarle una mesa a algún incauto de contabilidad.

—Esto no me parece nada profesional.

Y no lo es, por el amor de Dios.

—¿Sabe lo que no es profesional? Perder veintiún millones de dólares en el primer trimestre y cincuenta y tres entre los dos siguientes —replica.

Vuelvo a fulminarlo con la mirada. ¿Quién demonios se cree que es? No puede juzgar tan a la ligera lo que hacemos aquí. Ha sido un año muy complicado.

—¿Cree que me impresiona que se haya aprendido dos datos de un informe? —comento, cargando mis palabras con el monumental enfado que siento ahora mismo—. Llevo trabajando muy duro en esta empresa nueve años. Henry Cunningham es uno de los mejores CEO que ha conocido esta ciudad y lo mínimo que le debe es un poco de respeto, no entrar aquí como si se creyese el dueño del mundo.

Colin Fitzgerald se humedece el labio inferior y se levanta despacio. Se abrocha los botones de su impecable chaqueta y se retoca los gemelos. Por un momento ese puñado de gestos me distraen de lo furiosa que estoy.

—No se equivoque, señorita Dempsey —tengo la sensación de que me lo está advirtiéndome—: yo no le debo nada a Henry Cunningham —continúa, andando hacia mí—, ni a esta empresa ni a usted.

Se detiene frente a mí. De pronto su olor me sacude. Huele a algo suave y fresco, muy fresco, como si todos los cítricos del mundo y la menta más suave hubiesen explotado y una decena de modelos internacionales hubiesen esparcido con mimo el resultado por todo su cuerpo.

Creo que necesito salir de aquí.

«Urgentemente», conviene mi voz de la conciencia.

Colin Fitzgerald atrapa mis ojos marrones con los suyos azules. Su forma de mirarme es completamente diferente y ni siquiera sé por qué.

—Estoy aquí para saber si merece la pena reflotar Cunningham Media o bien quemarla hasta los cimientos y vender las cenizas al mejor postor —prosigue arrogante sin un gramo de compasión o empatía—. Así que guarde todo lo bueno que tenga que decir de esta compañía y lo que ha hecho en ella para su carta de recomendación, es muy probable que la necesite pronto.

¿Cómo puede comportarse así? ¿No le importa lo que pase con la empresa, con todo el esfuerzo de Henry y los que trabajamos en ella? ¿Cómo puede hablar con tanta ligereza de esto, como si cada día mandara al traste las ilusiones de cientos de personas?

Abre la puerta y estira la mano, pero no veo lo que hace con ella. Estoy tan furiosa que sólo quiero encontrar las palabras perfectas para decirle todo lo que pienso de él. Bastardo presuntuoso, insolente y gilipollas se queda demasiado corto.

—Ahora salga de mi despacho.

Retira la mano y me entrega la placa con mi nombre, que acaba de quitar de mi puerta. La miro conmovida, mientras él se gira y vuelve a mi mesa.

¡No lo soporto!

Lo fulmino con la mirada por enésima vez y salgo del despacho dando un portazo. Me llevo las manos a las caderas a la vez que soplo para apartarme el flequillo de la frente. ¡Nunca había estado tan enfadada!

Me las vas a pagar, Fitzgerald.

Camino decidida hasta la mesa de Arizona. Cuando todavía estoy a unos pasos de ella, alza la cabeza y me mira con cara de susto. He visto cómo el noventa por ciento de las chicas de la oficina se ha quedado embobadas con ese malnacido; espero que mi asistente, vecina y una de mis dos mejores amigas no haya caído también bajo sus encantos.

—Audrey —me llama, levantándose—, la secretaria del señor Fitzgerald me ha dicho que ahora también soy la secretaria de ese tipo. ¿Qué está pasando aquí? ¿Te ha despedido? Porque no pienso trabajar para ese desgraciado, por muy bueno que esté.

Esa es mi chica.

—Es un cabronazo —murmuro entre dientes, llegando hasta su mesa y apoyando las dos manos en ella.

—Tiene pinta —sentencia, cruzándose de brazos.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Acepta ser su secretaria...

—Ni hablar —me interrumpe, pero inmediatamente guarda silencio, recapacitando sobre mis palabras—. A no ser que forme parte de un malévolo plan.

Sonrío, dándole, sin palabras, el sí más grande del mundo.

—Ese tío es nuestro enemigo y necesito que tú seas mi infiltrada en las líneas enemigas. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo, pequeña —añade chasqueando los dedos—. Recuerda que todo lo que sabes sobre planes malévolos lo has aprendido de mí.

Mi sonrisa se ensancha. Colin Fitzgerald no va a durarnos ni dos minutos.

—Perfecto —sentencio—. Ahora voy a buscarme un despacho donde poder trabajar.

Ella alza la mano para pedirme que aguarde y descuelga el teléfono de su mesa. Marca con la parte de atrás del lápiz la extensión del asistente del director de recursos humanos y, mientras espera a que respondan, se inclina para retocarse su preciosa melena afro, utilizando la pantalla del ordenador como espejo improvisado.

—Stu —saluda con una sonrisa enorme—, soy Arizona. Necesito un despacho... Ese no es mi problema, pequeño. Yo te ayudé cuando perdiste el informe McArthur. Me debes una.

¿Qué? ¡Perdió el informe McArthur!

Abro la boca dispuesta a preguntar, pero Arizona levanta la mano en la que sostiene su impoluto lápiz, frenándome.

—Tiene que ser en esta misma planta... De acuerdo... Vale, sí.

Cuelga y sonrío de oreja a oreja.

—Despacho diecisiete. Adelantará el traslado de Iris Woodson a contabilidad.

—Genial.

Giro sobre mis pies y empiezo a caminar. Sin embargo, sólo me he alejado un par de metros cuando me vuelvo y desando mis pasos. Tiene que explicarme qué pasó con el informe McArthur.

—No quieras saberlo —me aconseja llena de seguridad, alzando la mano de nuevo, pero sin levantar la mirada de las carpetas que revisa.

Tuerzo el gesto. Tiene razón, estoy casi segura de que no quiero saberlo, por lo menos hoy. Ya tengo muchos frentes abiertos y todos son culpa del señor Fitzgerald. De eso sí que estoy completamente segura.

Antes de buscar mi nuevo despacho, voy al de Henry. La irrupción de Colin Fitzgerald no ha podido sentarle bien. Maldita sea, Henry llegó al centro de Manhattan a mediados de los setenta, cuando aquí sólo había prostitución y microdelincuencia, y levantó una empresa y, con ella, el *Midtown* de la ciudad. Todos los riquísimos ejecutivos con despachos con vistas a Times Square deberían darle las gracias por lo que hizo.

—Mónica, ¿sabes dónde está el señor Cunningham? —pregunto a su secretaria al ver su puerta abierta de par en par y nadie en su oficina.

—El señor Cunningham se marchó hace unos minutos. Lo siento, Audrey, pero no me ha dicho adónde iba.

Me muerdo el labio inferior, pensativa. No se lo merece. De repente estoy aún más enojada que antes.

Doy media vuelta y regresó prácticamente corriendo a la mesa de Arizona. Teniendo en cuenta la altura de los tacones que llevo, estoy muy orgullosa de no haber dado con mi culo en el suelo.

—Necesito toda la información que hayamos recibido sobre la firma que nos hace la auditoría y también sobre el posible comprador —pido casi en un susurro.

Esa mujer de cincuenta y tantos que vino con Fitzgerald, y que imagino que es su secretaria, está a unos metros de

nosotras, hablando con una de las chicas de contabilidad.

—Dalo por hecho.

Asiento y me alejo sigilosa como un gato. Cada vez tengo más claro el malévolo plan.

Iris Woodson me recibe con una sonrisa —al fin y al cabo, su traslado a contabilidad supone un ascenso— y me explica que me ha dejado el cajón lleno de material de oficina. La observo mientras se marcha. Enciendo el ordenador y me siento a su mesa. No tengo un solo segundo que perder.

Arizona no tarda en llegar.

—Lo que tengo que decirte no va a gustarte —anuncia nada más entrar, cerrando la puerta del pequeño despacho a su paso.

Alzo la cabeza y la miro mitad expectante, mitad desesperada. Esa frase no puede ser el principio de nada bueno.

—Sólo he podido averiguar el nombre de la empresa que realiza la auditoría, Colton, Fitzgerald y Brent, y, gracias a un favor que me debía Scott, un antiguo ligue que trabaja en la Oficina del ejercicio bursátil, que está especializada en capitalización e inversiones de riesgo, aunque no es lo único que hacen.

Tuerzo el gesto otra vez e inmediatamente escribo el nombre de la compañía en Google. Un segundo después, frunzo el ceño, extrañada.

—¿Qué clase de empresa no tiene página web hoy en día?

—Una que gane tanto dinero que no lo necesite. Eso te lo aseguro —sentencia Arizona.

Cuadro los hombros, pensando el siguiente paso. No puede ser tan difícil descubrir algo más de ellos. Además, ese nombre me suena muchísimo.

—¡Charlie! —digo al fin.

Arizona me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza.